

El estado del mundo. Una aproximación desde los informes sobre *La situación del mundo* de la última década¹

La reciente aparición de la edición en español del informe sobre La situación del mundo 2013 del prestigioso think tank norteamericano Worldwatch Institute, que aborda en esta ocasión la pregunta ¿es aún posible la sostenibilidad?, se convierte en una magnífica oportunidad para hacer balance de las principales cuestiones planteadas por los informes en la última década, tanto en un plano analítico- descriptivo como propositivo.

En la década de los setenta del siglo pasado, las preocupaciones ecológicas empezaron a cobrar una fuerza inesperada en los países desarrollados de Occidente. Contribuyó a ello de manera decisiva la publicación por aquellos años de algunos informes y libros sobre los daños ecológico-ambientales que origina la actual civilización industrial. En el año 1972 apareció el informe sobre *Los límites al crecimiento* (también conocido como primer informe Meadows), encargado por el Club de Roma a un grupo de expertos en dinámica de sistemas vinculados al Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), cuya repercusión sobre la opinión pública sirvió para poner en evidencia la inviabilidad de un crecimiento continuado de la población y los consumos.

A esta y otras publicaciones, se añadieron en los primeros años de esa década otros acontecimientos, entre los que destaca la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano, celebrada en Estocolmo, primera manifestación de la preocupación de la comunidad internacional por

Santiago Álvarez Cantalapiedra es director de FUHEM Ecosocial

¹ Fuhem Ecosocial y la editorial Icaria coeditan la edición en castellano de *La situación del mundo*.

el deterioro ecológico global. La crisis energética de 1973, el riesgo del exterminio nuclear derivado de la Guerra Fría y el encadenamiento de numerosas catástrofes pocos años después (accidente de Three Mile Island en Harrisburg en 1979, el desastre de Bhopal en 1984, etc.) terminaron por asentar una conciencia planetaria sobre los peligros que una crisis global podría ocasionar a la humanidad. En este contexto, en el año 1974, Lester Brown funda un *think tank* en Washington con la intención de influir en los responsables políticos e informar a la opinión pública sobre las complejas relaciones entre la economía mundial y los sistemas naturales que la dan soporte: había nacido el Worldwatch Institute. El primer informe sobre *La situación del mundo*, aparecería en 1984.

El movimiento ecologista, que desde sus orígenes combina una “pedagogía de la lucidez” (ilustrando la relación problemática de los comportamientos característicos de la civilización industrial con la biosfera) con una “ética de la supervivencia” (la obligación moral de la humanidad de sobrevivir²), ha encontrado desde entonces en los informes sobre *La situación del mundo* una herramienta de gran valor para la doble tarea de proporcionar, por un lado, una descripción analítica de la sociedad en relación con la naturaleza y, por otro, prescribir cambios en los comportamientos que alienten un horizonte sostenible. Esta doble vertiente, descriptiva y propositiva, está muy presente en los informes confeccionados por el Worldwatch Institute. La vertiente descriptiva/ analítica de *La situación del mundo* utiliza indistintamente, aunque en diferente grado, tres interpretaciones complementarias de la actual crisis ecológica global: la primera permite contemplar la crisis ecológica como una crisis del metabolismo socioeconómico; la segunda, como una crisis de extralimitación; la tercera, como una crisis ecosocial.

La crisis ecológica como crisis de metabolismo

La biosfera constituye el fundamento de la vida humana y, en consecuencia, también es el sostén de cualquier actividad realizable por los seres humanos. Por ello, no cabe contemplar a las sociedades como realidades carentes de articulaciones complejas con los sistemas naturales. Por el contrario, constituyen sistemas abiertos en los que las interrelaciones con los sistemas naturales no sólo se revelan inevitables sino también constitutivas de su propia realidad.³

Desde el punto de vista de los fenómenos de carácter económico que se desarrollan en el seno de una sociedad, la naturaleza es la fuente de los recursos (materia y energía) que

² Que lleva a Hans Jonas a reformular el imperativo kantiano: «Obra de tal modo que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida humana auténtica en la tierra» (*El principio de responsabilidad: ensayo de una ética para la civilización tecnológica*, Herder, Barcelona, 1995).

³ S. Álvarez et al., «Por una economía inclusiva. Hacia un paradigma sistémico», *Revista de economía crítica* n° 14, 2012, pp. 277-301.

alimentan la actividad económica y el sumidero de todos sus desechos (sólidos, líquidos y gaseosos). Así, el proceso económico puede ser concebido en términos de “metabolismo social”, resultando fundamental la atención que se conceda al trasiego de los flujos físicos (*throughput*) que circulan a través de su aparato productivo donde éstos son elaborados para dar origen a bienes y servicios, generando además, como indeseable subproducto, contaminación y deterioro de la calidad ambiental.

El movimiento ecologista ha encontrado en los informes sobre *La situación del mundo* una herramienta de gran valor para la doble tarea de proporcionar una descripción analítica de la sociedad en relación con la naturaleza y, por otro, prescribir cambios en los comportamientos

La visión histórica nos permite percibir el alcance de la crisis ecológica entendida en términos de “crisis de metabolismo”. Con anterioridad a la revolución industrial las sociedades se organizaron en el plano material básicamente a partir de los recursos bióticos que les brindaba la fotosíntesis, circunstancia que las llevaba a seguir un modelo de desarrollo acorde con la naturaleza. El funcionamiento de la biosfera se aprovecha de una fuente prácticamente inagotable de energía, el flujo solar, «para enriquecer y movilizar de forma cerrada los *stocks* de materiales disponibles, organizando con ellos una cadena en la que todo es objeto de uso posterior».⁴ Así, por ejemplo, en la actividad agrícola y ganadera apenas existían residuos, porque la mayor parte de la cosecha no utilizada (o los excrementos del ganado) se reincorporaba a la tierra como abono y mejoraba la calidad del suelo para iniciar un nuevo ciclo de cultivo.

La actividad en la civilización industrial, por el contrario, se apoya en la extracción de materiales y energía fósil presentes en la corteza terrestre y los degrada sin llegar a utilizarlos de nuevo, rompiendo así con los ciclos y la utilización del Sol como fuente básica de energía. Todas estas transformaciones en el funcionamiento material de las sociedades supusieron, en el curso de muy poco tiempo, un cambio desde un “metabolismo orgánico” hacia un “metabolismo industrial”. Aspecto que supuso el paso de una “economía de superficie” centrada en los flujos a una “economía de subsuelo” basada en la extracción de *stocks*.

La dependencia de los actuales estilos de vida de la extracción de recursos procedentes de la corteza terrestre muestra el lado físico del consumo, aspecto habitualmente velado en los análisis y discursos sobre el mismo. Referido al consumo mundial, entre 1950 y 2005 la extracción de metales se multiplicó por seis, la del petróleo por ocho y la del gas natural por 14. «En la actualidad se extraen anualmente un total de 60.000 millones de tone-

⁴ J.M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Siglo XXI, Madrid, 2006, p. 47.

ladas de recursos –alrededor del 50% más que hace sólo treinta años. El europeo medio consume hoy 43 kilos de recursos diarios, y el americano medio 88 kilos».⁵

La crisis ecológica como crisis por extralimitación

La crisis ecológica global no tiene que ver únicamente con el tipo de metabolismo socioeconómico que se instaura desde la revolución industrial, sino también con la tendencia expansiva de la civilización industrial capitalista. Esta tendencia ha dado lugar a un acontecimiento decisivo a lo largo del siglo XX: la humanidad –en expresión de Herman Daly– pasó de vivir en «un mundo vacío» a vivir en «un mundo lleno».

Como se ha señalado, en 1972 se publicó el célebre informe sobre *Los límites del crecimiento*, que representó uno de los primeros aldabonazos a la conciencia de la gente acerca de la insensatez que supondría continuar por la senda devastadora de una expansión sin limitaciones del sistema económico. Treinta años después, en un nuevo informe, los mismos autores señalan que se ha llegado demasiado lejos y la extralimitación es ya, desde finales de los años ochenta del siglo pasado, una realidad.⁶

Circunstancia que se puede expresar gráficamente a través del indicador de la huella ecológica, que mide en términos territoriales los impactos de los estilos de vida de una determinada población, y que al poder ser comparada en sus valores mundiales con la superficie productiva terrestre y marina aún disponible (o biocapacidad del mundo), ilustra que, efectivamente, la humanidad se encontraría en una situación de extralimitación rebasando en la actualidad una tercera parte la capacidad disponible del planeta.

Esto significa que la actividad económica ha adquirido una dimensión demasiado grande en relación con la biosfera y que los actuales estilos de vida están colapsando los servicios de los ecosistemas y las funciones ambientales que proporciona la naturaleza. La Evaluación de los Ecosistemas del Milenio⁷ advierte que alrededor del 60% de esos servicios han sido degradados y utilizados de forma insostenible. Los expertos han establecido nueve límites, o umbrales críticos, relacionados con el cambio climático, la acidificación de

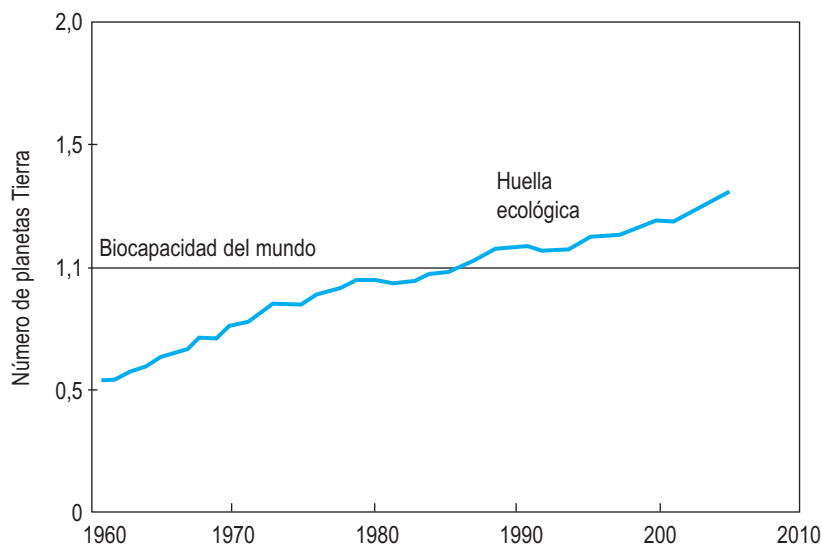
⁵ Datos recogidos de *La situación del mundo 2010* (p. 37). Un análisis exhaustivo en estos términos para el caso español apareció en el apéndice de *La situación del mundo 2004*: Ó Carpintero y J. M. Naredo, «El metabolismo de la economía española», pp. 321- 349.

⁶ D. Meadows et al., *Los límites del crecimiento 30 años después*, Galaxia Gutemberg, Madrid, 2006.

⁷ La Evaluación de los Ecosistemas del Milenio es una revisión internacional del estado de los ecosistemas de la Tierra presentada en 2005. Participaron en este proyecto 1.360 expertos de todo el mundo, llegando a la conclusión de que la actividad humana está teniendo un impacto significativo y creciente sobre la Tierra reduciendo tanto su resiliencia (capacidad de recuperación) como su biocapacidad (Millennium Ecosystem Assessment, *Ecosystems and Human Well-Being: Synthesis*, Washington, Island Press, 2005).

los océanos, la pérdida de biodiversidad, el agotamiento del ozono de la estratósfera, los ciclos del nitrógeno o del fósforo, la utilización de agua dulce global, el cambio en la utilización del suelo o la contaminación química, considerados esenciales para mantener las condiciones medioambientales que han existido en los últimos 20.000 años. Todo parece indicar que se han sobrepasado los límites sostenibles de tres de ellos (cambio climático, biodiversidad y la interferencia humana en el ciclo del nitrógeno).⁸

Gráfico 1. Huella ecológica de la humanidad, 1961-2005⁹



Fuente: Global Footprint Network

En consecuencia, conseguir un mundo sostenible reclama, por un lado, cambios en el metabolismo socioeconómico y, además, adecuar la escala del consumo a las capacidades regenerativas y asimilativas de los sistemas globales que sostienen la vida.¹⁰ Con otras palabras: volver a la sostenibilidad no sólo exige la modificación del flujo metabólico sino también su reducción, es decir, el decrecimiento en el consumo de materia y energía. Los informes del Worldwatch Institute reflejan esta necesidad incorporando los debates sobre el decrecimiento y la redefinición de la idea de progreso.¹¹

⁸ J. Rockström *et al.*, «A Safe Operating Space for Humanity», *Nature*, nº 461, 2009, pp. 472- 475.

⁹ Gráfico publicado en *La situación del mundo 2010*, p. 38

¹⁰ *La Situación del mundo 2013* se presenta con el siguiente título: *¿Es aún posible lograr la sostenibilidad?* Este interrogante pone de manifiesto dos cosas: primera, que la situación actual es insostenible y que el objetivo es lograr la sostenibilidad; segunda, que no es seguro que este objetivo deseable se pueda conseguir sin cambios significativos, lo que exige una definición rigurosa de la sostenibilidad y un sistema de medición acorde a esa definición.

¹¹ Pueden consultarse a este respecto, como verdaderamente significativas, las contribuciones de Assadourian, «La senda del decrecimiento en los países sobredesarrollados» (*Situación del mundo 2012*); Costanza, Farley y Kubiszewski, «Adaptar las instituciones para vivir en un mundo lleno» (*Situación del mundo 2010*); y la aportación del director del programa de indicadores de la organización Redefining Progress, «Una nueva línea de partida para el progreso» (*Situación del mundo 2008*).

La redefinición de las ideas de progreso y bienestar viene acompañada de una revisión crítica del consumo. Las cifras mundiales del consumo dibujan un panorama mundial de rápido crecimiento y transformación: «Sólo en 2008 se compraron 68 millones de vehículos, 85 millones de frigoríficos, 297 millones de ordenadores y 1.200 millones de teléfonos móviles en todo el mundo». ¹² En los últimos cincuenta años el consumo ha crecido espectacularmente multiplicándose por seis mientras la población mundial lo hacía por 2,2. Ha sido un incremento sin parangón en la historia que, sin embargo, encubre enormes desigualdades en su reparto: «el 12% de la población del mundo que vive en Norteamérica y en Europa Occidental es responsable del 60% del gasto privado mundial, mientras que la tercera parte que vive en el sudeste asiático y en el África subsahariana le corresponde sólo el 3,2%». ¹³ No obstante, como se señala en *La situación del mundo 2008*, las ambiciones y valores consumistas occidentales se están propagando a enorme velocidad por el resto del mundo: «En China, América Latina e incluso en algunas partes de África es fácil encontrar valores y puntos de vista muy parecidos a éstos. La sociedad de consumo es efectivamente en la actualidad una sociedad global en la cual siguen existiendo, no cabe duda, «islas de prosperidad, océanos de pobreza». ¹⁴

La cultura consumista, cada vez más globalizada y presente en amplios sectores de consumidores, tanto en los países centrales del capitalismo como también desde hace unas pocas décadas en la creciente clase media de algunos países periféricos, es señalada en los sucesivos informes de *La situación del mundo* como el principal obstáculo que está impidiendo reconducir la sociedad mundial hacia un horizonte sostenible. Por esa razón, en el correspondiente al año 2004, dedicado a la sociedad de consumo, se analiza cómo y por qué consumimos, y qué ámbitos son los que tienen un mayor impacto sobre la naturaleza. Para ello sigue los pasos del libro *How Much is Enough* de Alan Durning (antiguo investigador en el instituto norteamericano) publicado en 1992, ¹⁵ y se hace eco también del libro *An All-Consuming Century*, cuyo autor, Gary Cross, argumenta que «el “consumismo” ha ganado la batalla ideológica del siglo XX» y que es el rasgo que mejor define nuestra época. «A la larga –se señala en el prefacio– será evidente que para lograr unos objetivos aceptados por casi todos –la satisfacción de las necesidades humanas, la mejora de la salud y el mantenimiento de un mundo del que depende nuestra subsistencia– va a ser preciso que controlemos el consumo, en vez de dejar que el consumo nos controle a nosotros». ¹⁶

¹² *La situación del mundo 2010* (p. 37) a partir de la base de datos *World Development Indicators Online* del Banco Mundial y estudios específicos de los investigadores del *Worldwatch Institute* reflejados en otras publicaciones de esta organización, como es el caso de *Vital Signs*.

¹³ Datos que se encuentran reflejados en la tabla relativa a «Población y gastos de los consumidores por regiones, en 2000» en *La situación del mundo 2004*, p. 40.

¹⁴ T. Jackson, «El reto de un mundo sostenible» en *La situación del mundo 2008*, p. 114.

¹⁵ Hay traducción al español: *Cuánto es bastante. La sociedad de consumo y el futuro de la Tierra*, Apóstrofe, Barcelona, 1994.

¹⁶ *La situación del mundo 2004*, p. 27.

Argumentos que se retoman en *La situación del mundo 2010*, cuando se señala la necesidad de un cambio cultural que combata la ideología consumista que exacerba la insaciabilidad humana. Un cambio que podrá verse facilitado si se aprende de las viejas tradiciones religiosas, la sabiduría de nuestros mayores o los saberes ecológicos tradicionales para procurar la sostenibilidad.¹⁷ El tránsito del consumo hacia la sostenibilidad es un movimiento hacia la autocontención humana y el reconocimiento de los límites. La transición hacia sociedades sustentables requerirá, en este sentido, un cambio ético-cultural o, por decirlo en términos gramscianos, una reforma intelectual y moral de la actual cultura consumista celebrada por amplios sectores sociales.

La crisis ecológica como crisis social

Excederse o extralimitarse (“pasarse de la raya”) no es algo de lo que quepa responsabilizar a todo el mundo por igual. Los excesos corresponden básicamente a aquella fracción de la humanidad cuyos niveles de consumo son más elevados. Se puede ilustrar claramente con un ejemplo recogido del informe del año 2010: «los 500 millones de personas más ricas del mundo (aproximadamente el 7% de la población mundial) son responsables actualmente del 50% de las emisiones mundiales de dióxido de carbono, mientras que los 3.000 millones más pobres sólo son responsables del 6%».¹⁸

También la historia económica de las naciones sirve para establecer el diferente grado de responsabilidad. Varios siglos de industrialización en los países occidentales los convierte en los principales responsables del cambio climático. Sólo entre 1950 y 2000, «Estados Unidos emitió 212 gigatoneladas de dióxido de carbono, mientras que la India no emitió ni el 10% de esa cantidad. Está claro que los países más ricos del planeta se han estado apropiando de un “espacio ambiental” mucho mayor de lo que les corresponde».¹⁹

Esta dinámica desigual en el acceso, apropiación y utilización de los recursos implica que para que fuera sostenible (es decir, acorde a los límites naturales) el estilo de vida de, por ejemplo, un norteamericano medio, la Tierra sólo podría albergar a 1.400 millones de personas.

Esta circunstancia nos pone ante una evidencia profundamente perturbadora que pocas veces nos atrevemos a reconocer: el desarrollo económico, entendido como mero incremento de la renta y del consumo, es algo que, en la medida en que se da, excluye necesariamente a un porcentaje significativo de la humanidad. Un porcentaje que será mayor a medida que sean más elevados los niveles de consumo de materia y energía que precisen los estilos de vida asociados a ese tipo de desarrollo.

¹⁷ Véanse los capítulos del apartado «Viejas y nuevas tradiciones» de *La situación del Mundo 2010: Cambio cultural*.

¹⁸ E. Assadourian, «Auge y caída de la cultura consumista», en *La situación del mundo 2010*, p. 39.

¹⁹ T. Jackson, «El reto de un mundo sostenible», en *La situación del mundo 2008*, p. 111.

Cuadro 1. Población mundial sostenible a diferentes niveles de consumo

Nivel de consumo	Renta per cápita, 2005 (RNB, PPA, dólares 2008)	Biocapacidad per cápita 2005 (Hectáreas globales)	Población sostenible (millones)
<i>Renta baja</i>	1.230	1,0	13.600
<i>Renta media</i>	5.100	2,2	6.200
<i>Renta alta</i>	35.690	6,4	2.100
<i>Estados Unidos</i>	45.580	9,4	1.400
Media Mundial	9.460	2,7	5.000

Fuente: *La situación del mundo 2010*, p. 40.

En escenarios de escasez de recursos, los privilegiados sólo pueden mantener sus altos niveles de consumo cuando logran que el resto de la población no consuma igual, surgiendo un interés objetivo en los primeros de que desaparezcan los segundos, de manera que «ya no se trata tanto de que la riqueza de unos requiera de la explotación de los otros como de que la riqueza de unos requiera de la desaparición de los otros».²⁰ De ahí que la crisis ecológica global nos ponga frente a una crisis social, entremezclándose ambas en forma de “crisis ecosocial”.

Los informes del Worldwatch Institute han resaltado de forma reiterada el hecho de que haya evidencias suficientes para poder considerar que, superado un determinado umbral, el crecimiento económico no contribuye al bienestar

La vertiente prescriptiva de los informes

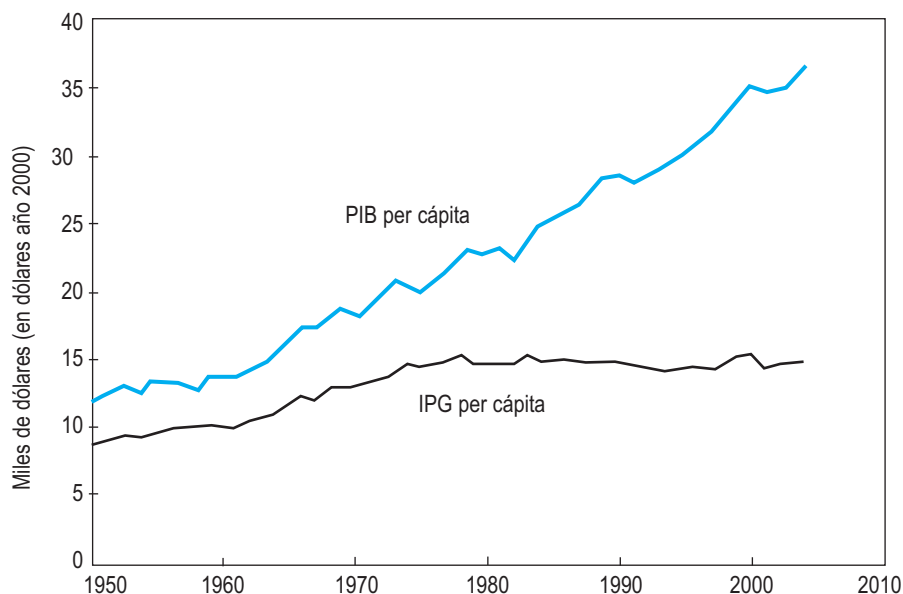
Los informes del Worldwatch Institute han resaltado de forma reiterada el hecho de que haya evidencias suficientes para poder considerar que, superado un determinado umbral, el crecimiento económico no contribuye al bienestar. O por decirlo de forma inversa, hay mucha investigación que pone de manifiesto que el bienestar objetivo en las sociedades y el bienestar subjetivo de las personas, superados ciertos niveles de satisfacción de necesidades y de comodidades, poco tiene que ver con alcanzar mayores niveles de renta económica.

A mediados de la última década del siglo pasado, el economista chileno Max Neff formuló en las páginas de la revista *Ecological Economics* la hipótesis de la existencia de un

²⁰ F. Ovejero, *Proceso abierto*, Tusquets, Barcelona, 2005, pp. 91-92.

umbral en la relación entre crecimiento económico y bienestar objetivo de una sociedad.²¹ El consumo mercantil quizá puede impulsar el bienestar humano en un primer momento, pero a partir de un umbral los costes sociales y ambientales empiezan a tener un impacto tal que reducen el nivel de bienestar en la sociedad. La construcción de la «hipótesis del umbral» representó la primera formalización de una conjetura que venía de antiguo por la sucesión de numerosos indicios.²² El indicador de progreso genuino (IPG), una fórmula de medición del bienestar (discutible como todas) diseñada por expertos de la organización Redefining Progress para corregir las deficiencias del PIB en esta materia,²³ muestra cómo en EEUU el IPG se acercó a su máximo límite per cápita en 1975, en un momento en que el PIB per cápita era alrededor de la mitad del valor que adquiere en la actualidad (véase gráfico 2).

Gráfico 2. Producto Interior Bruto e Indicador de Progreso Genuino²⁴



Fuente: Redefining Progress

²¹ M. Max-Neff, «Economic Growth and Quality of Live: A Threshold Hypothesis», *Ecological Economics*, vol.15, 1995, pp. 115-118.

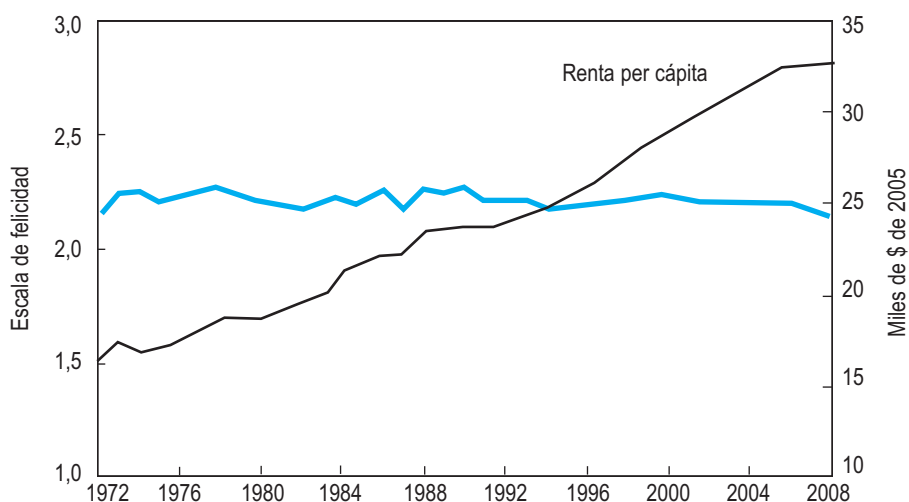
²² Tres años después, en 1998, el PNUD dedicó su informe anual al estudio de los vínculos entre consumo y bienestar humano. También se puede consultar sobre esta misma cuestión en S. Álvarez: «Los vínculos entre consumo y bienestar», *Estudios sobre el Consumo* nº 66, Instituto Nacional de Consumo, 2003, pp. 41-55.

²³ El IPG (así como antecedente inmediato, el indicador de Bienestar Económico Sostenible), monetariza todo tipo de variables (económicas, sociales y medioambientales) con el fin de ofrecer una evaluación más completa del bienestar social. Toma como punto de partida los datos de consumo personal ajustados en función de la distribución de los ingresos; a esta base se le añaden los valores del tiempo de trabajo doméstico y de cuidados, de voluntariado, los servicios de consumo duradero, etc.; por otra parte, se eliminan los gastos «defensivos» (destinados a compensar una situación deteriorada por la inseguridad, los accidentes o la contaminación), los llamados «costes sociales» (divorcios, delitos, pérdidas de tiempo de ocio) y la depreciación de los recursos naturales (pérdida de superficie de cultivo, forestal, de combustibles fósiles, daños producidos por el derroche o la contaminación, etc.)

²⁴ Gráfico publicado en *La situación del mundo 2010*, p. 178.

Sucede lo mismo si lo que se considera es el porcentaje de personas satisfechas con su vida (bienestar subjetivo) en un país a lo largo de su historia: «En Estados Unidos, los ingresos reales por persona se han triplicado desde 1950, pero el porcentaje de personas que declaran sentirse muy felices no ha aumentado prácticamente nada, de hecho ha descendido desde mediados de los años setenta. En Japón la satisfacción vital de la gente ha cambiado muy poco desde hace décadas. En el Reino Unido el porcentaje de las personas que declaran ser muy felices ha bajado del 52% al 37% desde 1957 hasta actualmente [...]. El bienestar subjetivo depende de manera crucial de la estabilidad familiar, de la amistad y de la solidez de la comunidad [...]. Parece existir una correlación entre el aumento del consumo y decadencia de los factores que producen felicidad, en especial de las relaciones sociales. Esta correlación no implica por supuesto que una cosa “sea causa” de la otra. Pero en la práctica, como se explica a continuación, existen varias razones bastantes poderosas para pensar que las estructuras e instituciones necesarias para el crecimiento económico tienen el efecto simultáneo de perjudicar las relaciones sociales».²⁵

Gráfico 3. Felicidad y renta real en los EE.UU, 1972-2008²⁶



La felicidad media es la respuesta promedio de la *U.S. General Social Survey* (Encuesta Social General de EE.UU) ante la pregunta de «En conjunto, ¿cómo diría usted que van las cosas estos días? ¿Diría usted que no es tan feliz[1], es bastante feliz[2], o es muy feliz[3]?».

Fuente: Hernández-Murillo y Martinek

²⁵ T. Jackson, «El reto de un mundo sostenible», *La situación del mundo 2008*, pp. 116-117.

²⁶ Gráfico publicado en *La situación del mundo 2013*, p. 203.

En consecuencia, una vez que un país ha alcanzado un nivel de renta per cápita que permite a su población afrontar en mejores condiciones la satisfacción de las necesidades humanas y alcanzar ciertas comodidades, proseguir en la búsqueda incesante de una mayor renta y una mayor acumulación de bienes puede llegar a deteriorar la calidad de vida, no por falta de riqueza sino por las consecuencias de la propia prosperidad material: «La calidad de vida se está deteriorando por la falta de tiempo y la creciente tensión en que se vive, por unas relaciones sociales cada vez menos satisfactorias, y por la desolación cada vez más evidente del medio natural».²⁷

De ahí se deriva una de las principales recomendaciones en la que cabe enmarcar buena parte de las prescripciones que se vienen proponiendo a lo largo de los sucesivos informes. Si la evidencia empírica disponible indica que el bienestar objetivo en sociedades opulentas como las de Occidente, así como el bienestar subjetivo de las personas que habitan en ellas, no ha mejorado sustancialmente desde mediados de la década de los setenta cuando el consumo en esas sociedades era considerablemente inferior al del momento actual, «un regreso a los niveles de consumo per cápita de la década de 1970 no empeoraría la situación de las personas, si bien reduciría a la mitad el agotamiento de los recursos, el consumo energético y los impactos ecológicos»,²⁸ permitiendo al mismo tiempo liberar el necesario espacio ambiental que posibilitaría generalizar las satisfacciones de las necesidades humanas y alcanzar ciertas comodidades básicas para toda la población mundial. Transitar por esta senda de prosperidad sostenible para la humanidad requiere «poner la economía verde al servicio de las personas»,²⁹ reinventando las empresas,³⁰ rediseñando las infraestructuras físicas de bienestar (por ejemplo, con planes urbanos y modelos de movilidad sostenibles),³¹ innovando en las formas de alimentar a una población crecientemente malnutrida (tanto por desnutrición como por sobrepeso)³² y, en general, adaptando las instituciones para acostumbrarnos a vivir en un mundo lleno.³³

²⁷ G. Gardner y E. Assadourian, «Reconsiderando la vida buena», en *La situación de mundo 2004*, p. 296.

²⁸ R. Costanza *et al.*, «Adaptar las instituciones para vivir en un mundo lleno», *La situación del mundo 2010*, p. 177.

²⁹ M. Renner, «Poner la economía verde al servicio de las personas», en *La situación del mundo 2012*, pp. 33-63.

³⁰ A. White y M. Baraldi, «Reinventar las empresas», en *La situación del mundo 2012*, pp. 177-204.

³¹ E. Belsky, «Planificar un desarrollo urbano integrador y sostenible», *La situación del mundo 2012*, pp. 93-117; M. Replogle y C. Hughes, «Hacia un transporte sostenible», *La situación del mundo 2012*, pp.119-140.

³² Tema al que se dedicó *La situación del mundo 2011*.

³³ R. Costanza *et al.*, «Adaptar las instituciones para vivir en un mundo lleno», en *La situación del mundo 2010*, pp. 173-182.